

como el magma de una obra de lenta publicación, pero de enorme impacto entre lectores y críticos. Ningún libro de Padeletti, desde la aparición en 1989 de *Poemas* (1960-1980), ha dejado indiferente a quienes saben reconocer la excelencia de una escritura que trabaja, por despojamiento, en una exacta dimensión de lo poético, con la esencia de las cosas, y en un bien armonizado espacio único compuesto por rimas internas, formas clásicas, representaciones que la naturaleza proporciona y que el poeta reconvierte en signo cargado de múltiples sentidos.

Sin prisa alguna, Hugo Padeletti (Alcorta, 1928) ha ido dando a conocer una abundante obra en la que destacan títulos como *Parlamentos del viento* (1990), *Apuntamientos en el Asharam* (1991) y *La atención* (1999), entre otros, que dan cuenta de una escritura reposada, que lo caracteriza, y en la que se detecta el interés por la contemplación en el marco del budismo zen. Una escritura, sin embargo, en la que no hay indicios de religiosidad o, mucho menos, de moralina proveniente de ninguna corriente ni doctrina espiritual. Todo en Padeletti va a dar a ese flujo de la percepción propia y meditada que se vuelve palabra, incluso imagen en estado puro. Un trazo, un recorte mínimo de la realidad cotidiana y doméstica le sirven para hilar una secuencia que, a la velocidad del relámpago, pone de mani-

fiesto subrepticamente una iluminación interior, en apariencia leve, pero poderosa por su incardinación con lo vital.

Para el crítico Jorge Monteleone, en *Canción de viejo* se indaga «una vasta contradicción: cómo suspender el poema en un instante epifánico, cómo sostener un pensamiento poético impersonal acerca de las cosas del mundo, cuando el cuerpo envejece. En esa vacilación, del todo humana, halla su grandeza».

Grandeza que emana también de la descentralización del imperioso «yo» del autor y como resultado de desplazar los elementos monumentales de la cultura para hacerle hueco a lo más minúsculo o sencillo de la naturaleza (la pulga, la araña, los frutos o las plantas) que dan, por acumulación y concentración semánticas, una arborescencia lírica de sostenida entonación.

«Yo, que albergo mi muerte / como a la pepita el carozo», nos anuncia Padeletti en el segundo poema para hacernos notar en el noveno que no se canta a sí mismo, por el contrario: «Canto un canto de rana en la sequía, / la cosecha inundada de la hormiga, la quema de hojas canas / y su crepitar sin mañana». Y en la sucesión de los poemas va ampliándose el espectro de una voz que se perfila: «Ahora soy esta mirada añeja, / colgada del reborde que se aleja: / se va con mi mañana, mi tetera, / mi abeja y mi manzana en la frutera».

Hay en todo el poemario una actitud dialogante. El poeta, que se autodenomina «viejo», habla con un interlocutor a quien podemos imaginar como alguien muy exigente, quizá se trate de un *alter ego* que no admite sentimentalismo o balbuceos y clama por el dicho preciso, incluso por el refrán inteligente y certero que impregna la poética de este autor y pide, además, otros logros: el hallazgo de un vocablo arcaico que es, a la vez, un armónico que ayuda a construir la comfortable casa del verso y la ver-

dad más sonora, la que alude directamente a Emily Dickinson o de forma encubierta a Walt Whitman, la que trabaja en relación intrínseca con las palpitaciones de Marianne Moore y entronca con la poesía tradicional para volver siempre a su eje, el emblema Padeletti: versos casi epigramáticos en su condensación de energía intelectual y verbal que, en este libro, despliegan un haz revelador sobre el tiempo y la finitud.

Reina Roffé



¡Un triunfo de la INDUSTRIA NACIONAL!

¡La guitarra del criollo es, por fin, criolla! ¡Nada le debe al extranjero! ¿Por qué comprar guitarras importadas, si LAS GUITARRAS MARCA "MARIPOSA" las superan en calidad y sonido? No sufren en el cambio de clima, que daña las condiciones del instrumento; se venden más baratas y su timbre responde a todas las modalidades típicas que exigen el payador y el aficionado.

**PIDA GUITARRA
MARCA MARIPOSA**



MARCA REGISTRADA

Depositarios de la fábrica:
 Casa Hohner Lda. Hermann Pfahler. - Rodríguez Peña, 379 - Buenos Aires
 que efectúa las ventas al por mayor únicamente, indicando a los interesados las casas de música minoristas del paraje correspondiente.

El fondo de la maleta

Un verso de Tomás Segovia

En el poema «Paisaje inmóvil» perteneciente a su libro *Salir con vida* (Pre-Textos, Valencia, 2004), Tomás Segovia emprende el sendero, quizá destino, de tantos poetas: la búsqueda y, acaso, el hallazgo de ese tiempo «sin tajos ni arañazos» que fluye en un lecho virgen, el tiempo anterior a la historia, cuando todavía no era depositario de ningún evento concreto. Tiempo equivalente al ser puro que Hegel equiparó a la nada.

Segovia no sólo menta ese tiempo sino que declara haberlo visto porque allí, en ese lugar primordial, «se ve el lúcido fondo de su cauce». El poeta ve lo que, normalmente, ni él ni nosotros vemos: el tiempo despojado de los acontecimientos temporales. Con insistencia, los filósofos se han planteado este problema. Lo hizo Walter Benjamin allá por el siglo pasado y admitió la imposibilidad humana de encontrarse con un tiempo que transcurriese sin que nada ocurriera en el transcurso, es decir: un tiempo que fuera, a la vez, temporal y ahistórico.

El poeta, una vez más, puede llegar a las zonas que el filósofo se veda en homenaje a su oficio. El poeta no tiene oficio, su discurso no

es oficial sino oficioso. Para él, llegar a ese cauce puro del tiempo es un ejercicio de extrema lucidez, de vigilia exacerbada que da lugar al silencio que exige el poema, lugar donde el lenguaje dice como si jamás hubiera dicho nada.

Es claro que, al decir, el poema discurre y muestra lo sucesivo de su trama, o sea su naturaleza temporal. El verso arriba al lugar del tiempo sin eventos, sin historia, pero el poema que va tramando resulta, fatalmente, histórico. La memoria, aunque impersonal, es idiomática, y viene trayendo su propia historia.

Segovia, por cuanto va dicho, recoge el eco inmemorial de la palabra que intenta ver la pureza virginal del tiempo prehistórico. Es un deber insistente de todo poeta porque sin esa imagen prístina no hay poesía y la palabra se torna inevitablemente oficial. Como todo poeta auténtico, Segovia rehuye tener un oficio, acumular normas de taller y repetirlas para ejemplarizar a sus aprendices y a sus lectores. Por el contrario, se empecina y hasta obtiene una especial felicidad, en ver el cauce donde la lucidez percibe la pureza del tiempo que sólo es Tiempo.